

TRABAJO DE GRADO DE PRODUCCIÓN
UNOS OBJETOS DESPLAZADOS

ESTUDIANTE: SARA LUCÍA SANZ GIRALDO
TUTOR: CARLOS ANDRÉS URREGO

PROGRAMA DE COMUNICACIÓN SOCIAL Y PERIODISMO
UNIVERSIDAD DE MANIZALES
MANIZALES – CALDAS
OCTUBRE 19 DE 2017

FICHA TÉCNICA

Título del trabajo de grado:

Crónica: Unos objetos desplazados

Nombres de los proponentes:

Tutor: Carlos Andrés Urrego Zuluaga

Estudiante: Sara Lucía Sanz Giraldo

Duración del proyecto: Enero-Octubre 2017

Sinopsis

El presente trabajo consta de dos crónicas que narran las historias de cinco personas que fueron desplazadas por los grupos al margen de la ley. En los relatos se pretende contar las experiencias que les tocó vivir por medio de un objeto que ellos trajeron al momento de huir de sus tierras.

En la primera crónica, se cuenta la historia de tres mujeres que pasaron por esta problemática vivenciada en Colombia, aquello que les tocó vivir con sus respectivas familias y sus hogares. Por su parte, en la segunda crónica se relata la vida de dos jóvenes que fueron niños en la época del desplazamiento.

Ambos jóvenes no recuerdan aquello por lo que les tocó pasar, sin embargo, los relatos se hacen a través de lo que cuentan sus madres.

Es por esto que en el presente trabajo, se pretenden contar historias de personas que quedaron marcadas por el conflicto armado para que sus vivencias y sus voces nunca sean olvidadas.

INFORME FINAL

Antecedentes:

“La violencia no consiste tanto en herir y aniquilar como en interrumpir la continuidad de las personas, en hacerlas desempeñar papeles en los que ya no se encuentran, en hacerlas traicionar, no sólo compromisos sino su propia sustancia; en la obligación de llevar a cabo actos que destruirán toda posibilidad de acto”, (Levinas 2004).

La crónica como género es uno de los más utilizados por sus posibilidades narrativas y explicativas, por su acercamiento al sentimiento, a la descripción y a los detalles de las historias. El conflicto y una de sus razones y consecuencias, el desplazamiento, ha sido un tema recurrente en páginas de medios de comunicación como El Espectador, la Revista Semana, El Tiempo, El País de Cali, entre muchos otros.

Artículos en los que se cuentan historias sobre personas que vivieron dicha experiencia, narraciones que logran hacer tangible un flagelo que a través de ningún otro género periodístico se podría acercar de tal manera en la que la lejanía en tiempo y espacio se pierde y se construye una relación entre el lector y el autor.

El número de crónicas que abordan temas de conflicto y desplazamiento puntualmente en Colombia no son cientos, sino miles.

Algunos ejemplos:

En *Así es la vida cuando se fue desplazado*, publicada por el diario El Espectador en el año 2013, el autor inicia contando que en Colombia la palabra “desplazado” se convirtió en un lugar común.

En primera persona se describe con detalles cómo fue el proceso para conseguir una cita con un desplazado y la dificultad para encontrar el sitio de la reunión.

A lo largo de la crónica, el autor logra presentar la atmósfera del sitio en donde finalmente pudo entrevistar a un desplazado, describe a los personajes y a su vez la narración de la historia contada por William, el personaje principal, cuenta lo difícil que es adaptarse a una ciudad nueva cuando se proviene del campo. (Narváez 2013).

“Una vez adentro se veía otro pasillo con dos puertas y allí estaba William, un hombre de piel morena, como de unos 1.70 metros, de unos 45 años y con grandes entradas en su cabellera vestido con una pinta bastante informal, digna de un sábado, el cual me llama con su marcado acento santandereano... La oficina era bastante modesta. Tenía afiches que apoyaban la marcha del pasado 9 de abril y sobre conferencias o marchas a favor de los desplazados, nada había sobre partidos políticos o políticos en sí”. (Narváez 2013).

Por su parte, William pone como ejemplo su historia de vida, la forma en la que el desplazamiento lo alejó de su mundo conocido y lo llevó a un universo en el que no podía conseguir trabajo, no tenía donde dormir con su familia. El reto que se le presenta a un costeño llegar a Bogotá a construir de cero lo que la guerra destruyó.

Por otro lado, en *Dramáticos relatos de los desplazados escritos por su puño y letra* publicada por la Revista Semana en el año 2007, cuenta el relato de varios desplazados, el primero es de María Ernestina, quien decidió contar en primera persona su vida antes y después del desplazamiento.

Debido a la protección que estas personas manejan por parte del Gobierno, se debieron cambiar los nombres de los personajes.

La primera crónica titulada *La discapacidad no es un obstáculo para seguir viviendo* escrita por María Ernestina, cuenta que nació en Chocó y que muy pequeña, solo de cuatro años, sufrió de poliomelitis.

“Hoy soy una mujer con seis hijos, que me quedaron de un matrimonio con un antioqueño, quien murió de cáncer el 19 de junio de 1997, en pleno desplazamiento forzado en el municipio de Riosucio, el mismo que nos tocó abandonar el 27 de febrero de ese año por culpa de los grupos de autodefensa de la zona Cacaúrica, vereda Bocas de Limón Peranchito, donde vivíamos y trabajaba como promotora rural de salud en el único puesto de salud que tenía la zona”. (2007).

Es un relato que la protagonista hace en primera persona, en el que involucra la narración de su experiencia con lujo de detalles, datos, describiendo los lugares y personas que pasaron por su vida.

La resiliencia, vista como la posibilidad de tomar una situación difícil y convertirla en combustible para construir vida, está descrita en esta crónica. Sin importar la discapacidad, que sus padres nunca hayan creído en ella, que su esposo murió y que fue desplazada, finalmente Ernestina, es hoy en día enfermera. (2007).

Otro ejemplo es *La anciana que aprendió a escribir para contar el drama de su desplazamiento*, una crónica realizada por El País de Cali en el año 2013 y basada en la historia de vida de Soledad, como se hace llamar la protagonista que también oculta su identidad para mantenerse bajo protección.

Es un relato escrito en tercera persona por el autor del artículo y que se fundamenta en la historia de la anciana en la que se hacen partícipes los detalles, las fechas exactas, los lugares, los personajes y las escenas en las que ocurrieron los hechos más importantes.

Soledad, el personaje principal de esta historia, cuenta cómo desde pequeña decían que era muy inteligente y que gracias a esto seguramente fue capaz de recopilar en un libro todas sus historias, vivencias y experiencias desde los años 80 en las que se mezclan dolor, tragedia, lágrimas, desplazamiento y muerte. (Toro 2013).

Así mismo, el autor emplea una narración en la que usa adjetivos para describir al personaje principal; de igual forma, conecta al lector con la historia gracias al uso constante de sentimientos que se entrelazan con los del relato del cuaderno.

Cuando murió su mamá le prometió acabar el libro y así lo hizo. “Yo arreglé amorosa sobre tu helada frente, tus cabellos blancos por los años, y después encerrados por la confusión nos unimos en un estrecho abrazo en el aposento donde se apagó la luz de tu existencia, vivos al dolor pero a la esperanza muertos”, dice en un fragmento el texto. (Toro 2013).

La crónica empieza con una breve introducción de la vida del personaje, después se remite a la historia contada por ella en el cuaderno y, paralelamente, a las opiniones del autor sobre el relato.

Del abandono de la esperanza a su resignación escrita en el año 2004 en el blog *Solo quiero que usted me escuche*, reúne historias de personas que fueron víctimas del desplazamiento y el conflicto armado en el oriente de Antioquia.

Esta crónica en particular contada por el autor en tercera persona, revive la historia de un padre y una madre que inicialmente contaban con 6 hijos, en el momento del desplazamiento tuvieron 2 más. En total son diez personas de una misma familia que tuvieron que salir de su hogar. (Zuluaga 2004).

Los primeros 6 hijos tuvieron que vivir esa situación, mientras que los otros dos solo saben lo que ocurrió por las historias de sus hermanos y padres. La familia cosechaba caña de azúcar, papa, cebolla, que les sirvió para que los primeros hijos pudieran ir a estudiar, era una empresa familiar que de un día para otro, ya no estaba.

En la crónica, el autor realiza la narración obtenida de la entrevista realizada a la familia; cuenta con detalles los lugares donde transcurrieron los hechos, realiza una descripción perfecta del que fue su hogar y recrea de forma adecuada los acontecimientos por los que pasaron los integrantes de la historia. (Zuluaga 2004).

Por último, es escrita de forma cronológica al narrar las dificultades por las que tuvo que pasar la familia. Muestra la dificultad del padre para adaptarse a otro sitio, a otro mundo y a otro tipo de trabajo; pasó de ser su propio jefe a tener que entregar cuentas a uno nuevo; en su hogar tenía todo lo necesario para vivir. De igual forma, el señor cuenta su sensación de tranquilidad al saber que con su nuevo trabajo está ayudando a otros desplazados.

En *6:47a.m., un desplazado llega a la ciudad* escrita por la Revista Soho, relata la experiencia de una familia proveniente del Cauca y su llegada a Bogotá. Este desplazamiento también es por causa del conflicto armado pero, esta vez, los responsables son unos pandilleros que los hicieron desalojar.

Es la crónica de una familia que recién había llegado a Bogotá, en este caso, el autor hace una breve descripción física de los personajes principales, del lugar al que llegaron y un recuento por lo que tuvo que pasar la familia antes de su arribo a la capital.

Así mismo, el autor escribe en tercera persona, narrando con detalles cada uno de los acontecimientos, los lugares y las escenas en las que no se emplea el tiempo en la narración. Además, complementa su historia con datos provenientes de la oficina de la Unidad de Atención y Orientación a Población en Condición de Desplazamiento (UAO), al igual que cifras de diferentes ONG.

“La primera persona que vio Christian (30 años) al pisar tierra bogotana fue a un policía bachiller medio dormido que descansaba, bolillo en mano, contra una

pared de la Terminal de Transportes. Viáfara trató de explicarle su tragedia en una seguidilla de ideas desordenadas, sin pausas: que vengo del Puerto-que allá la cosa está caliente-que yo soy bueno para pegar ladrillos-que eso hacía antes de quedarme desempleado-que los niños tienen frío... El agente, desconcertado, solo atinó a estirar los labios para señalarle la oficina a la que debía presentarse hasta hace poco cualquier presunto desplazado por la violencia que llegara en bus: la Unidad de Atención y Orientación a Población en Condición de Desplazamiento (UAO, según una sigla que compone la más irónica de las onomatopeyas)". (Rubio 2015).

En este texto se cuentan las peripecias de una familia completamente desubicada en una ciudad que no es la suya, cómo es el primer día en esta, a quienes acudieron y, el cambio del calor de Puerto Tejada, al frío climático de Bogotá.

Una historia que recoge una de las cientos de vivencias diarias de quienes llegan a la capital y los que finalmente se terminan convirtiendo en paisaje de la penumbra de Bogotá.

Las historias de los desplazados buscan, antes que contar una historia, sensibilizar con el dolor ajeno. Eso pretende *Como una pluma en el aire: recuerdos de un desplazamiento forzado*, publicada en el año 2011 por Cero setenta de la Universidad de Los Andes.

"Aunque no hubo disparos, la guerrilla sí le dejó claro, a las patadas, que lo dejaba ir porque no valía la pena gastar una bala en un viejo como él". (Celis 2011). En esta crónica se narra la historia de Pedro Carrasco, un hombre de 82 años desplazado por la violencia, quien entre imágenes refundidas en su mente recuerda poco a poco cómo tuvo que salir de su finca a vivir en una casa lleva de goteras y recuerdos llenos de dolor.

El autor emplea un lenguaje en tercera persona en el que describe la historia del desplazamiento del personaje con detalles sobre cómo fue ese día que lo desalojaron de su hogar y por lo que tuvo que pasar.

"Como piensa en voz alta, lo que más le molesta a don Pedro son las detonaciones del granizo en el techo de Zinc, que no lo dejan ni escuchar sus propios reclamos; en el piso de tierra, ha ido tallando unos canales para evacuar el agua, y así ir formando islas en las que hay que pararse a esperar que deje de llover. Once años de estar esperando le han enseñado a don Pedro que en Gachancipá no hay sol que dure todo el día, por eso ha ido cogiendo el hábito de tapar, todas las mañanas, su cama con un plástico". (Celis 2011).

De igual forma, emplea adjetivos e involucra sentimientos, descripciones y detalles de la vida actual del desplazado. Además, tiene la capacidad de conectar e involucrar al lector con el relato y se apoya de datos obtenidos por abogadas de la UAO.

Por último, con el objetivo de recordar la masacre de Bojayá, la crónica *Dos de mayo en Bojayá* escrita en el año 2014 por Bojayá una década después, son tres crónicas contadas después de 12 años de ocurrida la tragedia.

Reúne la historia de lo que sucedió en aquella época, la cual es recordada por las personas que tuvieron que padecerla en carne propia, de aquellos sobrevivientes y a los que les tocó padecer la muerte de un ser querido.

En la crónica, se hace una introducción de la masacre en la que el autor implementa datos recogidos en la investigación y recrea la historia de lo que se sabe hasta el momento sobre el tema. Además, explica con detalles todo el acontecimiento basado en los testimonios de las personas que sobrevivieron.

“El día uno de mayo los enfrentamientos fueron muy fuertes. Como las casas eran de madera, la mayoría de la población pensó que lo mejor era resguardarse en la casa de Dios, construida con muros de adobe. Allí pasaron la noche en medio del fuego cruzado. A la mañana siguiente explotó la pipeta, como aquí llaman a los cilindros bomba que utiliza la insurgencia”. (Sulé 2014).

Así mismo, las escenas son descritas por los sobrevivientes Macaria Allín, María Eugenia Panero y el padre Antún Ramos, quienes relatan sus propias historias de lo que fue el día anterior a la masacre y el día en que ocurrió todo y les cambió la vida.

Aunque los años pasan, sus recuerdos son vívidos. Así es el caso de María Eugenia que el día de la tragedia estaba refugiada en la iglesia y quedó herida debido a la masacre.

“Ellos se apostaron detrás de la iglesia y quedamos en medio del fuego. El Padre Antún, el Padre Janeiro y el Padre Antonio les dijeron que se retiraran porque nos estaban poniendo en riesgo, cuando explotó la pipeta la iglesia quedó totalmente oscura, una no distinguía a nadie, sólo escuchaba gritos y lamentos. A los 20 minutos empezó a aclarar y una veía gente regada por todos los lados”. (Sulé 2014).

La manera en la que el autor concluye las historias es con la descripción de lo que realizan cada año para honrar a las víctimas que formaron parte de su comunidad.

Unos objetos desplazados por su parte, es realizada en el año 2015 para la materia de Taller de Prensa II de la Universidad de Manizales. (Sanz 2015). Está integrada por tres historias sobre diferentes desplazamientos en el que los personajes principales son los objetos que las personas se trajeron consigo cuando los desalojó la guerrilla.

Las historias de cada objeto relata la travesía por la que tuvieron que pasar sus dueños, entregando detalles de sus recorridos, sus vivencias al momento de ser desalojados y el lugar que ocupan en sus dueños en la actualidad.

Debido a que son personas protegidas por el Gobierno, sus nombres no son mencionados en las historias, pero sí su descripción física. Son tres mujeres

quienes cuentan cada una de sus experiencias sobre el desplazamiento y lo que tuvieron que pasar.

El primer objeto es una colchoneta, “los recuerdos se le vienen a la mente a esta mujer de cabello negro, robusta, de piel trigueña y ojos oscuros. “Esa colchoneta la consiguió mi esposo para dormir los tres. No era ni muy nueva, ni muy vieja. Fiada porque él nunca la pagó””, recuerda entre risas y con una expresión inefable en su rostro”. (Sanz 2015).

En la crónica, también se realiza una descripción detallada de la apariencia de los tres objetos protagonistas de la historia, “su historia se remonta hasta hace cuarenta años, cuando era tan sólo una cobija de lana de oveja, proveniente de Marulanda, Caldas, que pasaría a la abuela, luego a la tía y por último, terminaría en manos de una mujer simpática y carismática de ojos claros, pelo castaño y labios delgados”. (Sanz 2015).

De igual forma, en *Unos objetos desplazados* hace una pequeña introducción en la que conecta a los tres objetos con el conflicto armado en Colombia y, a su vez, recoge de cada una de las historias las partes más importantes y hace un resumen de lo que se va a encontrar en el escrito.

Cada historia está narrada con detalles de las travesías, los lugares, en algunos casos fechas, la apariencia física de las personas y las escenas donde ocurrieron los hechos más importantes.

Finaliza con la opinión que cada persona tiene sobre los objetos que guardan y los recuerdos que conservan con cada uno. (Ver anexo).

Este último documento es la puerta para tomar la decisión de utilizar la crónica y unir los objetivos y su relación con el conflicto armado como una oportunidad para contar, desde otro enfoque, desde otra visión, historias de desplazados.

Propósitos u objetivos de estudio

- ❖ Se destacó la importancia que tienen los objetos para los desplazados y cómo a través de ellos cuentan las historias.
- ❖ Se relataron las historias de los desplazados teniendo como personajes principales a los objetos que se trajeron cuando fueron desalojados de sus hogares.
- ❖ Se contó a través de la narración y con el apoyo de los adjetivos y sentimientos las vivencias de los desplazados para que no sean olvidados.

Este documento busca contar la historia de 5 familias, quienes vivieron de múltiples formas el desplazamiento por la violencia en Colombia. A través de 2 crónicas, la meta es compartir esta experiencia desde los objetos que los acompañaron o que terminaron siendo relevantes como símbolos del dolor y la resiliencia del adiós de un hogar o un ser querido y la construcción de un nuevo

horizonte desde las características de la crónica, el simbolismo de los objetos para la vida en sociedad y personal y, finalmente, el conflicto armado y el desplazamiento como un elemento trascendental en la construcción de dicho simbolismo.

Es por esto que en el presente trabajo se pretenden contar historias de personas que quedaron marcadas por el conflicto armado para que sus vivencias y sus voces nunca sean olvidadas.

Idea que nació a partir del trabajo realizado para la materia de Taller de Prensa II.

Justificación

La crónica es importante porque es la memoria escrita del suceso. En este trabajo es el recuerdo de aquellas personas que fueron víctimas del conflicto armado y las cuales tuvieron que abandonar sus hogares, su vida, su todo y, de alguna manera relatarlo a través de la crónica, esto, les da la posibilidad de expresar sus emociones, desahogarse para que sus vivencias no sean olvidadas y continúen presentes.

La crónica es según Daniel Samper Pizano “un registro de la vida agotada. Lo que queda de lo vivido. Testimonio de vida”. (Samper 2007). Mostrar por medio de la narración, el retrato de un episodio grande y volver a vivir lo que está presente en la memoria de cada personaje.

Así mismo, es importante la descripción con detalle de cada historia, de cada vivencia, escena, lugar y personaje para mostrarle al lector una fotografía de lo que se vivenció y, es necesario recurrir a los adjetivos e involucrar los sentimientos para de esta forma, revelar el significado de cada recuerdo.

Hoyos (2003) menciona que los detalles son importantes porque “son el hilo de la historia con los cuales se teje la historia”, son los causantes de generar en el lector las emociones y a su vez, que los hechos permanezcan en su mente.

Son tan importantes porque gracias a ellos es que se revisten las acciones, los personajes, el espacio y la trama; fijan la atención del lector a la historia, dibujan los personajes, describen los escenarios, soportan la trama, en últimas, es el encargado de darle el aire de verdad a la historia.

Para Wolfe (1976), son la llave maestra del procedimiento, son los que permiten la edificación del mundo concreto que soporta la historia.

Debe ser un escrito que fluya con amenidad, estilo ágil y elegante en cada expresión, que marque al lector, que lo integre con cada historia; mostrar a través de los testimonios lo que se oyó, se vio y presencié. (Samper 2007). Esto solo está presente en la crónica.

Por su parte, para Vallejo (2006), la crónica exige novedad, rapidez, atracción, ligereza y profundidad en la que predomina la intención estética del escrito y es

la que se ocupa de temas de actualidad como intemporales, además, de la mirada del comentarista, su visión a la hora de interpretar hechos y de orientar a la opinión.

La crónica es la encargada de relatar grandes sucesos, describir escenarios y objetos. Narrar el acontecer de un lugar en el curso del tiempo; retratar los rasgos de los personajes. (Samper 2007). Eso lleva a querer mostrar un pedazo de la vida de personas que lo perdieron todo y aún conservan un recuerdo por medio de un objeto.

Es necesario recurrir a la crónica para la realización de este trabajo de investigación puesto que, gracias a ésta es que se pueden escuchar las voces de las personas, en este caso, las víctimas del desplazamiento. Es la manera de relatar sus historias para que nunca sean olvidadas.

Generalmente los desplazados se convierten en cifras frías en una presentación de alguna entidad oficial, con la crónica y enfocados en este documento, se busca reconstruir la memoria histórica y las vivencias de quienes sufrieron del desplazamiento y dejan como símbolo de ese dolor o de ese episodio que les dio la fuerza para continuar, un objeto.

La idea de utilizar la crónica como género periodístico para la construcción de estos productos tiene como meta alejar la imagen de los implicados de las cifras frías y poco comunicativas y acercarlos a las vivencias, sensaciones, olores, y acciones que unen los objetos que tienen valor simbólico luego de un hecho victimizante y cómo se va dando la reconstrucción individual, familiar y social.

Marco Teórico

Este trabajo consta de tres categorías: crónica, conflicto armado y objetos.

Esta investigación utiliza la crónica como base para relatar las historias de quienes vivieron y fueron testimonio de la guerra en el país; el conflicto armado, porque los personajes del trabajo fueron víctimas del desplazamiento producto de la violencia en Colombia.

Y por último, se encuentran los objetos, de suma importancia porque a través de ellos nacen las historias de las personas y lo que representaron y representan ahora para sus vidas. Son la correlación entre el desplazamiento, el valor simbólico y el género periodístico elegido para este producto.

1. Crónica

“La crónica, por la forma en la que está escrita, imparte toda clase de sensaciones, ambientes, introspecciones y emociones, y, le permite al lector vivir con cada historia, cada relato, cada testimonio, lo que lo hace partícipe de cada experiencia narrada”. (Vallejo 2006).

Según Samper (2008): “la substracción de varios periodistas y autores, ellos consideran que la crónica debe tener:

- Los personajes que tienen como objetivo principal, infundirle a la historia la superación de los problemas, la resolución del conflicto o generarle una tensión al ofrecerle la posibilidad de no resolverse.

Para ello, cada personaje debe estar bien descrito, observarle cada detalle, sus tics, la imagen completa de su apariencia física, su forma de vestir y de comportarse; es de alguna forma, incorporarse en su vida.

Gay Talese decía: “yo me introduzco en el mundo de aquellos sobre quienes escribo, pero lo hago suavemente, para no perturbarlo, y me vuelvo socio de su intimidad”.

- Debe contener sensaciones, debe mostrarle al lector por medio de la descripción los olores, sonidos, sabores, colores y texturas para que se haga la idea de dónde está y a su vez, se introduzca en cada historia de acuerdo a la atmósfera.
- Se recomienda el uso del tiempo cronológico que se debe saber manejar, ya que, es el encargado de generarle a la historia cierto dramatismo, además de ubicar al lector en el tiempo en que transcurrieron los hechos; sin embargo, no se debe exceder el uso de este en la historia.
- Es necesario emplear una buena voz y tono al escrito, por un lado, va a permitir conectar al lector con la historia y por el otro, le va a propiciar un aire a la crónica.
- El manejo de las escenas con ellas, se le va a dar al relato una secuencia para conectar al lector con la historia, le permite avanzar con facilidad e igualmente, va a generar impulsos dramáticos en la narración.
- La curiosidad, indagar por detalles, penetrar en la psicología de los personajes, informar al lector de lo que ellos no han visto, es en esencia, tener los ojos abiertos ante cualquier insignificancia y minucia.
- Desarrollar cariño por cada una de las palabras, eso se ve reflejado en la redacción y, es lo que va a permitirle al lector conectarse y llevarse la sensación de que vivió una experiencia como en las buenas novelas”.

Según Samper (2007), el relato en un lenguaje sencillo y directo de unos hechos que ocurrieron, la mayoría en el pasado, sobre lugares y personas, eso es una crónica. La cual, ofrece unos personajes, una atmósfera, un tiempo y un objeto, pero además, brinda historias y la participación del lector en los hechos y los personajes.

La metodología de la crónica se centra en los personajes, el tiempo, las escenas y el objeto.

Los personajes deben ser contruidos con palabras, pero se debe tener en cuenta que son tomadas de la vida real. Es la pieza fundamental del escrito pues son los que le dan un detalle, o simplemente, una nota de color al relato.

En muchos casos, los personajes pueden ser un elemento decorativo en la historia, es decir, forman parte de la crónica pero aparecen para brindar un detalle en la ilustración del relato; pueden ser un agente de la acción, es aquel que interviene en la historia con el objetivo de generar un impacto; portavoz del autor o, tan solo un ser humano que personifica su propia condición y gracias a él se desencadena la historia. (Hoyos 2003).

Los personajes están directamente relacionados con las acciones de la historia, ya que, a través de ellas se revelan sus cualidades, fortalezas, destrezas, su condición, su forma de ser, su alma, sus ilusiones, su ambición, sus miedos y en este punto es donde se ve lo fundamental del relato de la crónica.

Para (Hoyos 2003), “los personajes deben ser no sólo convincentes, sino verdaderos. Su cualidades o limitaciones no deben ser producto de la mente del autor, sino el reflejo de la vida”.

Sin embargo, el autor es el encargado de explicar el personaje, que sea entendible a los ojos de los lectores, logrando crear una realidad nueva dispuesta a transmitir un aire al relato.

Otro de los elementos esenciales, son los objetos, pues es lo que constituyen la meta de la crónica. De acuerdo con Hoyos (2003), el objeto de un relato “es la causa de un deseo o de un temor. Es en otras palabras, la fuerza de atracción, la representación del valor” en el escrito.

Es lo que se quiere contar, el público al que va dirigido, qué pretende relatar el autor, es en esencia, lo que va a llamar la atención de los lectores, el enganche y a su vez, el cuerpo de la crónica donde se va a dejar claro su finalidad.

Hoyos además asegura que otra de las metodologías de la crónica son las escenas porque gracias a ellas es que “los hechos se presentan ante el lector como si él los estuviera viendo con sus propios ojos”. (Hoyos 2003).

Es en otras palabras, constituir los argumentos del escrito y desarrollarlos verbalmente, de tal forma que el lector pueda verlos con mucha claridad como si estuviera presenciando los acontecimientos en el momento en que ocurrieron con lujo de detalles (Aristóteles, 1991).

Para la escena, los detalles juegan un papel muy importante; la excelente descripción, (pues cuando se describe, se le proporciona al lector la oportunidad de ver, tiene la impresión de escuchar, oler, tocar y gustar), el tiempo, el lugar y la acción, son el complemento para generarle al lector la recepción de los hechos de tal forma como si él los estuviera presenciando.

Hoyos (2003) agrega que “la escena permite particularizar con nitidez ciertos pasajes de la historia”, es decir, para distinguirlo de todos los demás es

necesario expresar de manera clara un ser o un objeto, algo que lo caracterice de los restantes. (Maupassant 1979).

No obstante, para Hoyos el ritmo de la escena en la crónica nace del uso diferenciado entre el resumen y la escena y, de su combinación con la descripción.

Por tal motivo, la crónica, como construcción periodística, es un agente, un canal, un mensajero de sensaciones, sentimientos, detalles, experiencias, vivencias, ideas, sueños y recuerdos que logran no solo transmitir una información sino de recrear una escena, un momento, un diálogo o un conflicto.

Por último, en cuanto a la metodología de la crónica, está el tiempo que es la relación cronológica entre el relato y la historia. Por ende, existen dos tiempos, el tiempo real o cronológico y, el tiempo psicológico que transcurre en la mente de los personajes o en otros casos, el narrador en el caso de las novelas creado por el autor.

El tiempo psicológico, es el que se alarga o se comprime de acuerdo con los acontecimientos, ya que la historia que se relata no lograría tener vida propia si no existiera ese tiempo inventado que solo yace en la mente del narrador como es el caso de la novelas o, en el caso de los personajes de la crónica. (Hoyos 2003).

De igual forma, el tiempo del relato es el tiempo psicológico porque es el creado por el autor para generar que el mundo que está inventando o está reconstruyendo, en el caso de la crónica, adquiera autonomía y a su vez, se erija por sí mismo como una nueva realidad.

Por su parte, el tiempo cronológico es el que transcurre en la vida real, es el que se mide por el movimiento de los astros, es según (Hoyos, 2003), “el tiempo en el cual nos encontramos sumergidos los lectores”.

Ese tiempo que se convierte en un elemento circunstancial y en ocasiones trascendental para la construcción de escenas, personajes, atmósferas y su desarrollo durante la historia, además de su relación con el relato y la conexión con los lectores o público.

De acuerdo con Mario Vargas Llosa “cuando se espera, se sufre, los sentidos se agudizan y el tiempo parece detenerse. Cuando no hay expectativas, ni amenazas, ni sufrimiento, el tiempo parece fluir con velocidad”. (Vargas 1997).

Igualmente, Mario Vargas Llosa se refiere a dos tiempos que están siempre presentes en los relatos, habla de tiempos vivos y tiempos muertos. Los primeros, llaman la atención del lector pues se transforman de manera vívida.

Los segundos, la intensidad decae, los episodios suceden de manera predecible y la atención del lector disminuye. Y por último, Llosa menciona los tiempos transitivos encargados de conectar un suceso con otro o, relacionar un hecho con otro.

Para finalizar, cada una de las metodologías de la crónica es importante pues, tanto los personajes, las escenas, el tiempo como los objetos, le imparte sentido y direccionamiento al relato.

Desde otro punto de vista, para Hoyos (2003) la crónica debe estar compuesta por sentimientos, ya que, son por los que atraviesan todas las relaciones humanas, cosas que hagan reír, llorar, emocionar a las personas.

Según Juan José Hoyos, también juegan un papel importante en la crónica la curiosidad, el conflicto y el suspenso, ya que, son aspectos que están relacionados con el sentir de los seres humanos, es donde están involucrados los sueños, las ilusiones, pasiones, guerras, crímenes, viajes, grandes amores, odios y ambiciones.

La curiosidad es fundamental porque lo extraño, lo raro, lo exótico es insatisfecho a lo casi imposible y lo milagroso. El suspenso por su parte, es donde se encuentran los elementos vivos de la historia, el drama y lo atractivo. Y finalmente, está el conflicto que es el sentimiento que genera discrepancias en la historia y en lo que le trasmite a los lectores frente a la lucha.

2. Conflicto Armado

En Colombia existe un conflicto armado interno que tiene como característica principal, un despliegue de acciones armadas que van en contra del Estado. (Jaramillo 2015).

Hay tres actores que están en constantes enfrentamientos: la guerrilla, los paramilitares y el gobierno; siendo la guerrilla de extrema izquierda y los paramilitares de extrema derecha. Es por esto, que se suele confundir con una guerra civil, no obstante, es la sociedad civil la que ha quedado en el medio de dicho conflicto.

El desplazamiento en Colombia tiene dos tipologías migratorias: por trayecto y por frontera. Según el trayecto, el desplazamiento puede ser intrarregional (en una misma región de vereda a ciudad) e intraurbano (en una misma ciudad de un barrio a otro). (Jaramillo 2008).

Por su parte, las migraciones en el país son directamente proporcionales a la agudización del conflicto armado.

Es por esto que en el presente trabajo, se cuentan historias de personas que quedaron marcadas por el conflicto y que van a narrarlas con el objetivo de nunca ser olvidadas. El propósito de este trabajo es encontrar en las historias del desplazamiento forzoso en el país por culpa del conflicto, un lugar común en el que los objetos cobran un valor y significado diferentes para las personas.

Con más de 50 años de violencia por parte de los grupos armados en el país y teniendo como referencia a las personas que han sido víctimas de su accionar, se narran historias sobre el desplazamiento con el fin de escuchar las voces de quienes han sufrido la guerra. Igualmente, ha dejado a su paso una infinidad de

víctimas entre el desplazamiento forzado, secuestro y homicidios. (Jaramillo 2015).

A lo largo del tiempo, la hemos visto documentada, por la información que nos brindan los medios de comunicación o por investigaciones sociológicas, históricas o antropológicas.

No obstante, en el presente trabajo se expresa el punto de vista de las víctimas a través de una crónica que tiene como personajes principales los objetos que las personas se llevaron consigo en su afán de dejarlo todo para salvar sus vidas, elementos que se convierten en un hilo conductor entre el pasado, el presente u el futuro.

Durante décadas, se visibilizó la presencia de los grupos al margen de la ley que a lo largo de los años se han sostenido. Según la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas, en 1964 se formó la FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), seguido de la creación del ELN (Ejército de Liberación Nacional), EPL (Ejército Popular de la Liberación, el M-19 (Movimiento del 19 de Abril). Con ello, llegó la creación de los Paramilitares, según (Jaramillo 2015). Una guerra que logró interiorizarse en todos los estamentos administrativos, políticos e ideológicos en Colombia.

Esto sin contar con guerrillas como el Quintín Lame, iniciativas paramilitares que se desplegaron en todo el país y que finalmente, por interés de Carlos Castaño, se unieron en las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC).

La guerra entre los diferentes bandos y el Gobierno Nacional, importante artífice de la violencia, terminó generando que la administración pública en zonas alejadas fuera mínima, dejando a sus pobladores a la merced de grupos ilegales de derecha o de izquierda. Desde carro bombas, minas antipersona, los llamados “tatucos” y otros elementos han cruzado fuego con las bombas de precisión y escuadrones antiguerrilla del Gobierno, dejando en la mitad del enfrentamiento al campesinado colombiano.

Desplazamiento, homicidios y secuestro son las muestras del control que estos grupos llegaron a tener, dejando al final a toda la población colombiana afectada.

Para Ana María Jaramillo, el desplazamiento sobre todo para el año 2004 fue en su mayoría, correspondiente con la intensificación de la disputa entre las guerrillas y los paramilitares por el control de territorios en zonas específicas para sus estrategias personales como bosques, embalses y páramos. (Jaramillo 2008).

En lo que respecta a los homicidios, las masacres y los secuestros, entre otros hechos victimizantes son el medio asociado que los grupos al margen de la ley le imprimen a la población con eventos específicos como (asesinatos de seres queridos, enfrentamientos, amenazas, reclutamientos forzosos) los cuales, son el elemento determinante que desencadena el desplazamiento en las personas. (Jaramillo 2008).

Según Francois Dubet (1994) la experiencia es una construcción social, que remite a principios culturales y sociales heterogéneos y a una diversidad de lógicas de acción, pero también a la capacidad de los individuos para desenvolverse de acuerdo con estas lógicas de acción y tomar decisiones. Es decir, el sujeto social son las acciones que toman los grupos armados para que la población deje sus hogares, convirtiendo a los desplazados en víctimas individuales y colectivas como consecuencia del conflicto armado.

Por otro lado, el desplazamiento se da gracias a la ubicación de los grupos en el conflicto armado donde las guerrillas y los paramilitares se concentran para realizar sus estrategias como generar miedo y terror en la población; la crisis humanitaria por los bloqueos y confinamientos; la caída económica de los municipios, pueblos y veredas y, por la decadencia en las condiciones de vida.

La lucha por la tierra, un conflicto milenario en Colombia, es uno de los elementos preponderantes en el desarrollo de este conflicto, el cual, por falta de protagonismo del gobierno nacional se convirtió en un acto difícil de controlar en casi que todo el país. Los campesinos deben vender por presión violenta sus predios a muy bajos costos a los paramilitares sino es que deben regalarla para mantener su vida y la de sus familias. (Jaramillo 2008).

Es ese miedo constante que provoca el hecho de pensar que durante esas disputas pueden ser el blanco o el objetivo de los grupos al margen de la ley; las amenazas de parte de un grupo por la presencia del otro; por verse obligados a prestarle sus servicios; por las presiones que ellos ejercen durante sus estadías, es eso lo que desencadena el desalojo.

De acuerdo con Ana María Jaramillo, en algunos casos se desplazan primero de forma individual, pero, al poco tiempo de llegada a otros lugares en la misma región o en zonas cercanas, la ocurrencia de masacres o las órdenes de desalojo los obligan a desplazamientos masivos; otros han tenido que afrontar hasta dos y tres desplazamientos individuales, o un desplazamiento masivo seguido por un retorno que resulta fallido, debido a las amenazas, lo cual motiva un nuevo desplazamiento, esta vez, de forma individual. (Jaramillo 2008).

El desplazamiento se convierte en un elemento sustancial para un círculo vicioso, los desplazados deben dejar todo, viven en condiciones muy complejas y en ocasiones algunos familiares entran a hacer parte de los bandos para vengarse o las familias llegan a otros espacios y pueden ser desplazados de nuevo o entran a hacer parte de cordones de miseria dentro de regiones que no son apropiadas como su hogar.

Para finalizar, los desplazados se suelen confundir con los refugiados. Cuando se habla de personas desplazadas se hace referencia a aquellas que pertenecen al Estado nacional; los refugiados por su parte, son los que están directamente ligados con el régimen internacional, ya que, en materia de protección, son los organismos del extranjero los que se encargan de dicha labor. (Jaramillo 2008).

Cohen (2007) argumenta que una de las razones por las que cada vez es más difícil diferenciar claramente entre las necesidades de protección de las personas desplazadas internamente y las de las personas refugiadas es porque en ambas circunstancias, por lo general, están escapando no de una persecución individualizada sino de una situación generalizada de conflicto armado, violaciones a los derechos humanos o violencia generalizada.

3. Objetos

Según el psicólogo clínico José Fernando Vélez, los objetos están con los seres humanos desde el nacimiento y hablan sobre la personalidad, cada objeto dice algo y tiene un sentido especial, es por esto, que en algunas ocasiones se hace tan difícil deshacerse de ellos.

“Los objetos cobran el sentido que nosotros le queramos dar, pero son otra forma de lenguaje que nosotros utilizamos y como tal nos pertenece y desarrollamos emocionalidades por ellos, nosotros queremos los objetos, por eso nos cuesta prestarlos, nos duele botarlos o que no los dañen, porque era mío”, afirma Vélez (comunicación personal 2017).

El valor emocional que está en cada objeto es porque cada utensilio tiene una historia que contar, significa algo, le recuerda algo, le genera algo, y esto se da gracias a que hacen parte de cada persona como si fueran uno solo.

Para explicar lo dicho anteriormente, José Fernando Vélez recurre al ejemplo sobre la ropa y los accesorios que se ponen las personas, para algunas combinar lo que usan a diario es algo primordial y habla de la personalidad, igualmente, sucede en el caso de las personas que no les gusta combinar sus artículos.

“A veces nos acusan y nos critican y nos dicen pero es que es solo un objeto, para usted es un objeto, para mí era más allá que un objeto. Ese objeto tendrá un valor emocional porque alrededor de él tiene toda una historia que contar, es por eso que los objetos hacen parte de lo que somos porque hablan de nosotros, nos acompañan y nos ayudan a comunicarnos con los demás” expresa.

Por otro lado, Vélez menciona a los objetos transicionales los cuales vienen siendo aquellos que hacen parte de la niñez y que se hacen presentes para realizar el desprendimiento con la madre.

Es como dice José Fernando, “aprender lo que es mi madre y lo que soy yo, y no como al comienzo mi madre y yo uno solo. Al no estar con mi madre me aferro a la almohadita, a la pupa, a la cobija. Me permite de alguna manera aún conservar ese espacio en el que fui muy favorecido, en el que fui muy querido, en el que fui protegido”.

Vélez afirma desde su experiencia como profesional que en el caso de los desplazados, los objetos transicionales hacen presencia, ya que, al ser desalojados a la fuerza son “arrancados” de su hogar y por ende, la única conexión que tienen con su pasado es el objeto que cogieron cuando los grupos armados llegaron para sacarlos.

“La mayoría de estas personas no se conocían entre ellos y al momento de su desplazamiento, se llevaron un objeto, un colchón, una almohada, una chaqueta, una pañoleta, su cepillo de dientes, algunos conscientes, otros inconscientemente, pero todos terminan haciendo algo que es muy propio de la condición humana, es hacer uso del objeto transicional”, comenta.

Desde otro punto de vista, el sociólogo Juan Carlos Zuluaga Díaz asegura que los objetos son importantes pues, “dentro de una perspectiva dialéctica siempre se ha pensado que hay elementos que son parte de tu ser, que son extensiones de tu identidad, en este caso lo que puede ser tus útiles de trabajo, la casa, el vehículo, tu animal de mascota y otros elementos, efectivamente hacen parte de tu identidad y de tu ser y por tanto entonces, pues llevárselos consigo es casi que arrastrarse parte de sí”. Zuluaga (comunicación personal 2017).

Zuluaga Díaz afirma que todo esto se da porque en cada objeto, utensilio, hay una identidad, un recuerdo, una memoria y un olvido que también hace parte de las personas, entonces entre el objeto y el individuo nace una identidad compartida, ya que, cada artefacto nos muestra lo que somos.

Sin embargo, Juan Carlos dice que el hecho de tener esos objetos y al mismo tiempo que forman parte de la identidad de las personas, cada individuo desarrolla emociones hacia ellos, ya que existe entre ambos una conexión simbólica y en otras ocasiones, una conexión emocional.

“Hay una proyección hacia los objetos, en este caso, el objeto representa algo como es parte de mí, pero yo también soy un ser contradictorio conflictivo, entonces así como representa muchas cosas a las que amo, también

representa muchas cosas a las que realmente no quiero o que me parecen negativas que hacen que me produzca cierta repulsión”, expresa.

Zuluaga concluye, que en últimas no está mal tener esos sentimientos hacia los objetos, para así, “quizá sobrevalorar o valorar mejor aquellas condiciones de aliento, de superación, de bienestar, de gratitud, de alguna manera valores positivos que significan también esos objetos, eso hace que los individuos no desprendan de ellos porque me recuerda parte de lo que fui y lo que soy”.

Para Zuluaga, los objetos desde el punto de vista emocional, le permite y genera a las personas ciertos equilibrios o recuerdos que a la larga se convierten en placer o displacer, ya que, cada uno representa una utilidad.

Fuentes de Información

- Aristóteles. (1991). *Poética*. Caracas, Venezuela. Monte Ávila.
- Celis, A. (2011). Como una pluma en el aire: recuerdos de un desplazamiento forzado. Crónica: *Cerosetenta de la Universidad de los Andes*. Recuperado el (3 de abril 2017) <https://cerosetenta.uniandes.edu.co/desplazamiento-forzado/>
- Donaldo Alonso, D. (2001). *Crónica anacrónica (título provisional)*, tesis de grado sin publicar. Bogotá, Colombia. p. 10.
- Hoyos, J. (2003). *Escribiendo historias: El arte y oficio de narrar el periodismo*. Medellín, Colombia. Universidad de Antioquia.
- Jaramillo, V. (2015). *Conflicto armado en Colombia, el proceso de paz y la Corte Penal Internacional: Un estudio sobre la internacionalización del conflicto armado en Colombia y su búsqueda por encontrar la paz duradera*. p. 6.
- Jaramillo, A. (2008). *Poniendo tierra de por medio: Migración forzada de colombianos en Colombia, Ecuador y Canadá*. p. 127,130.
- María Ernestina (2007). Dramáticos relatos de los desplazados escritos por su puño y letra. Online: *La Revista Semana*. Recuperado el (3 de abril 2017) <http://www.semana.com/on-line/articulo/dramaticos-relatos-desplazados-escritos-su-puno-letra/84933-3>
- Maupassant, G. (1979). *Pedro y Juan, obras escogidas*. Madrid, España. Aguilar. p. 18.

- Narváez, S. (2013). Cara o sello. Blog de actualidad: *El Espectador*. Recuperado el (3 de abril 2017) <http://blogs.elespectador.com/actualidad/cara-o-sello/cronica-asi-es-la-vida-cuando-se-fue-desplazado>
- Rubio, D. (2015). 6:47 a.m., un desplazado llega a la ciudad. *Historias: Revista Soho*. Recuperado el (3 de abril 2017) <http://www.soho.co/historias/articulo/desplazado-llega-a-bogota-cronica-de-diego-rubio/36518>
- Samper Pizano, D. (2007). *Antología de grandes crónicas colombianas tomo I*. Bogotá, Colombia. Aguilar.
- Samper Pizano, D. (2008). *Antología de grandes crónicas colombianas tomo II*. Bogotá, Colombia. Aguilar.
- Sulé, J. (2014). Tres crónicas doce años después. Desplazamiento: *Bojayá una década*. Recuperado el (3 de abril 2017) <https://bojayaunadecada.org/tag/desplazamiento/>
<https://javiersule.wordpress.com/2014/05/06/dos-de-mayo-en-bojaya/>
- Talese, G. Escribiendo sobre vidas comunes y corrientes; entrevista con Charlie Rose. *Nieman Reports*. p. 11.
- Toro, Y. (2013). Crónica: la anciana que aprendió a escribir para contar el drama de su desplazamiento. *Noticias Valle: El País de Cali*. Recuperado el (3 de abril 2017) <http://www.elpais.com.co/valle/cronica-la-anciana-que-aprendio-a-escribir-para-contar-el-drama-de-su-desplazamiento.html>
- Vallejo, M. (2006). *A plomo herido. Una crónica del periodismo en Colombia*. Bogotá, Colombia. Planeta.
- Vallejo, M. (1997). *Las crónicas en Colombia: Medio siglo de oro*. Bogotá, Colombia.
- Vargas Llosa, M. (1997). *Cartas a un joven novelista*. Bogotá, Colombia. Ariel-Planeta.
- Vélez, J.F. Comunicación personal, 8 de febrero de 2017
- Warren, C. (1975). *Géneros periodísticos informativos*. Barcelona, España. A.T.E.
- Wolfe, T. (1976). *El nuevo periodismo*. Barcelona, España. Anagrama. p. 51.

- Zuluaga, J. Comunicación personal, 14 de febrero de 2017.
- Zuluaga, W. (2004). A quien corresponda. Blog: *Solo quiero que usted me escuche*. Recuperado el (3 de abril 2017) <http://riespe.blogspot.com.co/2011/03/solo-quiero-que-me-escuche-cronicas-del.html>

CONCEPTOS

Con el objetivo de poder hacer un acercamiento con algunas víctimas del conflicto armado que estuvieran dispuestas a hablar de lo que vivieron en los territorios donde hubo presencia de los grupos al margen de ley, se buscó un contacto con una funcionaria de la Unidad para las Víctimas que pudiera facilitar dicho acercamiento para la realización del trabajo.

Después de tener la información requerida, se procedió a contactar a las cinco personas a quienes se les solicitó un consentimiento informado para la realización de las entrevistas que permitirían la elaboración de las crónicas. Posteriormente, se acordó visitar a las víctimas seleccionadas en sus propios hogares.

Por otro lado, la técnica empleada para la realización de la crónica fue una entrevista testimonial en la que las personas contaron sus historias de vida a través de los recuerdos de aquellas épocas de la violencia en Colombia en la que vivieron enfrentamientos que posteriormente, terminaron en desplazamiento.

De igual forma, a través de la entrevista testimonial se sacó la información para construir las historias que se redactaron en las presentes crónicas, fue la herramienta y la técnica que se utilizó para recabar la información y así mismo, dejar sus vivencias presentes en cada uno de los relatos.

Desde otro punto de vista, está el criterio estético manejado en la reconstrucción de las historias, para ello se empleó la categoría gramatical en tercera persona con el fin de hacer la narración de las crónicas.

Así mismo, se utilizaron los objetos que las personas se trajeron cuando los desplazaron, con lo que se construyó cada una de las historias de los textos redactados en el trabajo.

Por su parte, en la primera crónica se recurrió al testimonio de tres mujeres que narraron los hechos de lo que les tocó vivir antes del desplazamiento y los objetos que se trajeron. La segunda crónica, se utilizó el relato de dos jóvenes que fueron niños en esa época, los objetos que portaron y que aún conservan.

La narración permite ayudar al lector a conocer las memorias de la guerra que ha tenido Colombia, la cual, es contada a través de la narración testimonial de las personas que les tocó vivir dicha experiencia y a su vez, construir los relatos en donde ellos se van a poder conectar con cada una de las historias.

La descripción, los detalles, los sentimientos, el suspenso, el drama, los testimonios, los lugares, juegan un papel importante, ya que, a partir de estos elementos es que se construye el trabajo que permite transmitir lo que ocurrió en la época de violencia en el país.

REFLEXIONES RESULTANTES DE LA BÚSQUEDA:

Para la búsqueda de las fuentes de mi trabajo, tenía un contacto directo con una funcionaria de la Unidad para las Víctimas que realiza su labor profesional brindando sus servicios para ayudar a estas personas.

Gracias a ella, pude contactar a algunas de las víctimas que fueron a las que les realicé la entrevista para la lograr mi trabajo, de allí, procedí a visitar a cada una de las personas en sus respectivos hogares ubicados en sectores deprimidos de la ciudad de Manizales y en la que tuve la oportunidad de compartir con ellos.

En lo que respecta a mi experiencia con las víctimas, pude ver que los sobrevivientes a pesar de sus historias, sus experiencias, lo que les tocó vivir en la guerra, son personas carismáticas, amables y amorosas que me recibieron en sus hogares para enseñarme la otra parte de la guerra que no me tocó vivir. Impresión contraria al imaginario de ciertos individuos que hablaron mal de ellos, me decían que eran resentidos, mentirosos, que se hacían pasar por víctimas para sacarle dinero al Gobierno.

Para cada encuentro, las fuentes y yo acordamos reconocernos a través de la vestimenta que llevábamos puesta pues no sabía cómo eran físicamente. Todos y cada uno de ellos me recibieron con una sonrisa, amabilidad y gusto por llegar a sus hogares, algunas de las víctimas me tuvieron que esperar en cierto lugar antes de llegar a sus casas, pues como son barrios marginales, el peligro de ingresar sola era inminente.

En los espacios donde residen los entrevistados, me pude dar cuenta la forma en la que viven, son lugares pequeños, carentes de muchas comodidades, con lo básico para sobrevivir. A pesar de tener poca despensa no dudaron en ofrecerme lo poco que tenían, pues por lo que pude percibir para ellos el compartir comida, era la mejor manera de atenderme y darme su bienvenida, lo hicieron con gusto, se veía en sus expresiones. Yo sabía sus condiciones, pero al ver lo felices que sentían conmigo era imposible rechazarles.

Durante el tiempo que utilizamos para conocernos y, después de hablar sobre el objetivo de mi visita, ellos comenzaron a contar sus vivencias, relatos que no imaginé escuchar en mi vida, era indagar en sus recuerdos para poder yo construir mis historias.

Fue una grata experiencia, ya que tuve la oportunidad de conocer frente a frente algunas víctimas del conflicto armado, poder saber a través de sus testimonios cómo ha sido la guerra de mi país, aquella que vi por televisión.

REFLEXIÓN CONCEPTUAL

El conflicto armado en Colombia ha involucrado a la sociedad civil en la participación en ambos bandos de acuerdo a la zona donde se haya desarrollado, una gran mayoría bajo la amenaza o la intimidación que generaban los grupos al margen de la ley, ya que de no hacerlo corrían en peligro sus vidas.

Es lo que dice (Jaramillo 2008), la guerra entre los diferentes bandos y el Gobierno Nacional, importante artífice de la violencia, terminó generando que la administración pública en zonas alejadas fuera mínima, dejando a sus pobladores a la merced de grupos ilegales de derecha o de izquierda.

Así mismo, para mantener el control los grupos armados ejercían presión en la sociedad civil que se encontraba en medio de la guerra y a los cuales involucraban de una u otra manera, ya que, en muchas ocasiones solían hacerles encargos a los campesinos que iban al pueblo convirtiéndolos a los ojos de los enemigos en auxiliares o simpatizantes.

Es por esto que los factores determinantes que desencadenaron en el desplazamiento de las personas son los causados por homicidios, masacres, secuestros, enfrentamientos, amenazas, reclutamientos forzosos que en su tiempo pusieron en riesgo a los individuos por parte de la guerrilla y los paramilitares. (Jaramillo 2008).

Intimidaciones con reclutarlos, homicidios selectivos con el fin de amedrantar a las poblaciones que bajo amenazas directas o indirectas, se tenían que ir dejando atrás sus pertenencias, sus familias, sus redes de vecinos, amigos y conocidos, sus paisajes, sus animales, sus terruños, el lugar donde vivieron toda la vida, porque en el conflicto armado no se puede tener una posición neutral.

Por otro lado, para (Jaramillo 2008) el conflicto armado se da gracias a la ubicación que tienen la guerrilla y los paramilitares en unos sitios que dispusieron para realizar sus estrategias personales que tiene que ver con los territorios como lo son los bosques, la selva, los páramos y los embalses.

Para finalizar, los grupos al margen de la ley se situaron en zonas específicas para su propia conveniencia, fueron lugares donde se podían camuflar fácilmente y de igual forma, utilizar dichos territorios para establecer su dominio debido a que de alguna forma podían obtener buenos recursos de la región que servía como ganancia o lucro para sus propios beneficios y su crecimiento.

ANEXO CRÓNICA ACONTINUACIÓN

UNOS OBJETOS DESPLAZADOS

Por: Sara Lucía Sanz Giraldo

Crónica Uno

Cinco objetos distintos, un pasado y un millar de recuerdos, muchos contados en desorden por unas mentes que van y vienen entre el presente y el pasado. Volver a revivir aquellos que parecen salidos de una película de acción, cargados de suspenso, de drama, con nudos que parecieran no tener fin y desenlaces arrolladores.

Personas que hacen parte de la otra Colombia, de esa Colombia desconocida por muchos que no han vivido el horror de la guerra, entre fuegos cruzados y la crueldad de los actores armados de un conflicto sin sentido, sobrevivientes de una barbarie inimaginable que tras pasa los linderos de la dignidad humana.

Son seres humanos cuyas identidades son protegidas por el Estado debido a eso sus nombres han sido cambiados; son personas valientes y luchadoras de la violencia que afronta el país.

La colchoneta fiada:

Hacia las tres de la tarde entre la tersa niebla y unos pocos rayos de sol golpeaban un poco cuando las nubes abrían un espacio en el cielo gris, a un costado de la avenida Colón, en un pedazo sobreviviente del barrio San José; justo a la entrada se encontraba una mujer de pelo negro, robusta, de tez trigueña y ojos oscuros, caminando de un lado para otro con el celular entre sus manos a la espera de una llamada.

El taxi paró a unos pasos de allí, cogió el celular, subió una pequeña faldita hasta la avenida, arrimó al carro, se asomó temerosa por la ventana entre abierta como si no supiera a quién se iba a encontrar, era la persona que estaba buscando y con una sonrisa de oreja a oreja, abrió la puerta.

La entrada al barrio debía ser con la compañía de Marta, quien sin más preámbulos empezó a explicar la situación actual del sitio donde vive. En voz baja, con sus ojos saltones y con una sonrisa pícaro dice, “aquí se debe entrar en compañía, usted no puede venir sola, se dan cuenta que no es de aquí y ahí mismo le caen y la chuzan para robarla”.

En la travesía hasta su residencia emanaba un olor leve a marihuana como si se estuviera evaporando, al mismo tiempo, se pasaba por un costado de la cancha de baloncesto y microfútbol ubicada al lado derecho, rodeada por

cables de luz en el que colgaban tres pares de tenis dispares marca Converse, viejos y sucios.

De la esquina de la cancha hacia arriba, en una pequeña falda, justo en la mitad, una casa de color blanco desteñido con unas escaleras que sobresalen en la entrada que llevan hacia el segundo piso. Al frente un portón de color gris oscuro, el cual lleva a la sala y al comedor. Entramos. Está decorado con un cuadro del Corazón de Jesús y en una de sus esquinas cuelga, seguramente desde hace varios años, un rosario café oscuro; un sofá vino tinto de flores amarillas y una mesa redonda con un mantel blanco de flores rosadas con una biblia encima. Una marca tangible de la religión, del Dios al que Marta le ha rezado y le rezará durante toda su vida.

De tiro largo cruzamos por toda la casa hasta llegar al lavadero que se encontraba en obra gris, hay varias cuerdas de distintos colores que con esfuerzo ayudan a secar una sábana veteada de manchas amarillas pálidas. Entre tanta incomodidad es increíble que aún no hayamos llegado a donde vive Marta; este es solo el preámbulo del espacio que comparte con su hijo.

Subimos unas escaleras empinadas, dispares y estrechas hasta un corredor también estrecho y oscuro, a unos pocos pasos estamos de frente a una puerta metálica de una sola chapa, ahí está el hogar de Marta.

Abre la puerta, es una habitación con una sola cama para ella y su hijo, un gavetero que lo adecuaron como armario, donde ambos guardan su ropa, algunos objetos de aseo personal, sus utensilios y una colchoneta enrollada color verde oscuro, está empolvada y huele a humedad pero esa colchoneta es como el abuelo de la familia, ese que guarda dentro de sí historias, en este caso, una de desplazamiento forzado.

Aquel plumón tuvo un pasado violento, en sus costados lleva consigo grandes rotos pero no de lo vieja, sino por las heridas de guerra y acabada por los largos recorridos que realizó en su historia de vida. Aquella por la que pasó una familia que en ese entonces estaba compuesta por tres integrantes en el año 2005, época trágica que tuvo Colombia llena de desplazamientos forzosos y secuestros.

Marta lleva sus ojos hacia abajo y juega con sus manos entrelazadas mientras rememora la vez que la colchoneta sirvió de cama y soporte para el ex esposo, la madre y el hijo cuando llegaron en busca de una mejor vida a Roncesvalles, Tolima el 4 de septiembre de 2005.

Los recuerdos se le vienen a la mente a Marta cuya mirada no se desvía del gavetero alto color café: “Esa colchoneta la consiguió mi ex esposo para dormir los tres. No era ni muy nueva, ni muy vieja. Fiada porque él nunca la pagó”. A diferencia del sitio, lúgubre y oscuro, ella está llena de risas, cuenta los momentos más difíciles de su vida mientras sonríe, como si el dolor se hubiera convertido solo en un recuerdo distante que fue pero ya no es.

Desde aquella habitación pequeña Marta se remite hasta el lugar donde la colchoneta y su familia conformaron el que iba a ser su nuevo hogar en el Tolima. Allí, por primera vez hay un dejo de tristeza en su voz, sus ojos observan hacia el lado izquierdo y con sus pies entrecruzados evoca aquella finca ubicada a cinco minutos de la carretera principal, recién construida con paredes de ladrillo, sin agua y sin luz, con una pesebrera, un criadero de cerdos y una extensión grande de cultivos de papa y fríjol para subsistir, así lo recuerda.

“Mi casa la perdimos cuando la guerrilla quemó los papeles de compra y venta junto con todos los archivos del pueblo aquel año cuando nos quedamos sin hogar, nunca más la pudimos recuperar”, explica después de un largo silencio.

Esa colchoneta, guardada como un cachivache sirvió de “tapadero” como dice la señora, en aquel enfrentamiento entre los militares y la guerrilla por territorio en el periodo de gobierno de Álvaro Uribe.

Marta pega un brinco. Alguien abre la puerta. Es su hijo, llegó del colegio. Con risa nerviosa recibe al niño de cabello negro azabache, tez morena, de ojos pequeños y negros, que con la mirada hacia abajo, entra silencio, solo se escucha el chirrido de las tablas del piso de madera que suenan hasta llegar al gavetero donde descarga su maletín.

No habiendo otro lugar en la pequeña habitación donde pudiera hacerse, el niño se acostó en la cama y cogió su celular, mientras Marta con una sonrisa de oreja a oreja y a carcajadas rememora ese noviembre del 2005 cuando el ejército estaba situado en las bases hechas a mano con costales y arena. “En medio del estruendo, me tocó envolver al niño en el colchón, ponerlo entre mis brazos y luego cubrírnos mi ex esposo y yo para que no nos mataran, porque una toma guerrillera es impresionante... es muy horrible”.

El ruido de las teclas del celular se escuchan en el fondo mientras que Marta narraba; su cabeza giraba de un lado para otro, sus ojos no encontraban un punto de la habitación para enfocar, las manos empezaron a recoger su cabello hacia atrás para llegar a mayo de 2006 cuando la madre y su hijo vieron a Ingrid Betancourt sentada en una silla de guadua, “ella estaba demacrada y amarrada en la parte de los pies a un palo que se encontraba cerca, la tenían en una carpa de color verde oscuro con el resto de sus compañeros, esos que liberaron en una operación que realizó Álvaro Uribe con Santos, eran 15”.

Esos 120 segundos en los que vio a la ex candidata presidencial secuestrada por el grupo guerrillero, le cambió la vida. “Me amenazaron después de ver a los secuestrados, fue el frente 21 de las FARC comandado por alias ‘Jerónimo’ que mandó a uno de los que trabajaba con él en una moto para decirnos que si hablábamos nos cortaban la lengua y nos mataban”, con una expresión apagada en su rostro en la que reflejaba miedo y angustia, la mujer evoca aquel día cuando por medio de señas, les mostraron que no podían hablar.

Con una risa fingida y lágrimas en los ojos Marta recuerda el poco tiempo que le dieron para marcharse con su hijo y abandonar todo, todo lo que con tanto

esfuerzo y esmero estaban logrando para salir adelante; su hogar, su finca, su todo. “No pensé en nada, solo cogí las pocas cosas que tenía y las metí en un costal, la colchoneta la enrollé y la amarré con una cabuya y ahí fue a parar también”.

“Por eso la colchoneta me trae muy malos recuerdos. Yo me la traje enrollada, amarrada con una cabuya y lo que traíamos puesto. Lo único que a mí me queda de por allá, es eso de recuerdo. Y mañana cuando pase la basura la mando a botar”.

Las sazones de un sartén quemado:

Desde afuera de la portería, un conjunto de ocho bloques de apartamentos designados en orden alfabético que va desde la A hasta la H, cada uno con 4 niveles, ubicados en la comuna cinco de la ciudad de Manizales en una urbanización construida con recursos del Ministerio de Vivienda para población víctima de desplazamiento forzado llamado Bosques de Bengala, conocida y nombrada por todos los que ahí habitan como ‘La ciudadela’.

Al fondo se escucha la voz del portero hablando con la señora Yanet, segundos después, se abre la puerta para entrar. Corrían y jugaban niños, las risas, los gritos, los balones de plástico rebotando de un lado para otro. Pasados algunos minutos, venía caminando una mujer de tez blanca, ojos color miel, pelo negro largo, ondulado y recogido, de jean ancho, tenis y un buso rosado.

Era Yanet, una mujer cuyo rostro traía una expresión cariñosa con sus ojos achinados, su cabeza inclinada hacia el lado izquierdo y las manos extendidas para dar un cálido y afectuoso abrazo. De la portería hasta su hogar, entre la ropa de todos los colores, tamaños y formas extendidas por los corredores de cada piso de apartamentos, hasta equipos de sonido a alto volumen con canciones de salsa, vallenato, popular y reguetón.

En cada bloque una tienda distinta, tienda de ropa, sastrería, mini mercado, zapatería, revueltería, venta de quesos, helados, dulces, mecate, todo tipo, durante el recorrido Yanet explica, “es que nosotros lo único que tenemos que salir a comprar es la carne y es saliendo de ‘la ciudadela’, volteando, en toda la esquina”.

En cada apartamento una familia con una historia pues todos son desplazados de la violencia y se han ganado la oportunidad de empezar de cero, familias que vienen de todos lados del ancho y largo del país, todos reunidos en un solo lugar con experiencias parecidas, ellos giran alrededor de ‘la ciudadela’ pues, en ella, se mantienen la mayor parte del tiempo.

Por un sendero de cemento se llega hasta la entrada de uno de los bloques, hogar donde vive Yanet con su hijo, por unas escaleras que llevan a un segundo piso, se sale a un pasillo largo parecidos a los que se encuentran en los hoteles con vista hacia afuera, en la primera puerta girando a la izquierda, está la 203 que se encuentra entre abierta, ahí vive ella.

Adentro todo parece como una casa de muñecas, pequeño y estrecho con poco espacio para caminar; las paredes revocadas con estuco blanco sin pintar, una sala con un sofá en el que caben dos personas, dos sillones y un comedor de mesa redonda con un mantel blanco.

Al fondo de la casa está la cocina junto a la habitación principal, separado por una cortina como puerta, con una cama semidoble, un escaparate adecuado como closet y encima unas cobijas de cuadros, el patio sin lavadora y enseguida una habitación más pequeña con una cama de madera sencilla, oscura y sin ventanas y, por último, en la entrada hacia el lado derecho se encuentra otra habitación que la adecuaron como tienda.

Desde la sala de su casa, con un café típico colombiano mezclado con aguapanela, en una taza en la que se lee 'Café de Colombia' con letras negras y en negrilla encima de unas bandas con el color de la bandera: amarillo, azul y rojo, comienza a narrar la historia Yanet, con el entusiasmo que la caracteriza:

"Eran 25, ni uno más ni uno menos. Todos con trajes camuflados, fusiles y unas balas verdes grandes terciadas en su pecho. Eran las 10:00 p.m. de un día del 2010". Eso recuerda ella, un recuerdo que ubica en lo que era su hogar en la vereda Las gaviotas, Marquetalia, cuando un grupo guerrillero irrumpió en su casa. Tenían hambre y ella debía alimentarlos.

"El marido mío se levantó, se asomó, abrió un poquito la puerta, cuando ahí mismo la empujaron y le dijeron:

-Qué hubo, ¿usted es el que vive acá?-

-Sí señor.-

-Usted qué dice, nosotros venimos por usted, nos va a acompañar por allí y va a hacer un cambuche para ustedes seis, porque su familia también viene. Pero primero tenemos hambre, mire a ver qué nos puede dar por ahí".

En su cocina y con otra expresión en su rostro, calmada y sin preocupaciones, con aquella sonrisa tierna, estaba haciendo de comer para su hijo, era el almuerzo y mientras narraba la historia por tramos se paraba para revisar que los alimentos que estaba haciendo estuvieran bien.

Sentada de nuevo en el sofá, con una pierna detrás de la otra, con sus manos entrecruzadas y sudorosas continua su relato, con sus ojos distantes en su cara aparecía poco a poco el pánico y la angustia por la intimidación que le generó el grupo guerrillero. El exesposo y ella mientras sus cuatro hijos dormían, debieron matar y pelar algunos pollos, los cuales eran su alimento para varias semanas y unas yucas que les habían regalado, todo se fue en la sancochada que prepararon para el grupo de visitantes armados esa noche.

"Nosotros dijimos que el mercado que llevábamos era muy poquito, pero que hacíamos lo que podíamos por ellos". El sartén pequeño de color plateado no daba abasto para el montón de comida que se había preparado aquella

mañana, entre el fogón de leña y el fuego yacía para dar de comer a quienes se los iban a llevar con el supuesto fin de “mejorar sus vidas”.

En su actual cocina, en una de las pequeñas y estrechas gavetas, reposa el sartén quemado esperando para ser utilizado, es uno de los primeros en la lista de ollas que se encuentran debajo de donde está ubicado, Yanet lo utiliza con frecuencia, “por eso siempre se encuentra arriba para cogerlo más fácil cuando lo necesite”.

Remitiéndose de nuevo hasta aquella noche en la que iba a acceder a esa “mejor vida”, debían responder algunas preguntas que los de trajes camuflados le iban a empezar a hacer. “Yo siempre dudé, yo siempre pensé que eso no era normal, que eso tenía algo raro”, en la mente de la mujer de pelo negro y ondulado rondaba aquella incertidumbre, un sexto sentido que no la dejaba tranquila pensando en sus hijos aún pequeños y con un futuro por delante.

“Ya por último le dijeron a él:

-¿Usted vive amañado aquí, esto aquí es suyo?-

Él les dijo que sí, y entonces dijo:

-Nosotros nos los vamos a llevar a vivir mejor, a ustedes se les va a mejorar la vida, van a aprender a trabajar, sus hijos y usted y su señora, todos vamos a ganar plata.

Entonces yo me puse a pensar, qué será, yo siempre con nervios escuchando lo que ellos estaban hablando”.

Lo de “mejor vida” no era más que un reclutamiento armado, aunque les vendían una idea, solo había una respuesta posible. La familia completa obligatoriamente debía ir con ellos, amenazantes con su armamento y sus expresiones. No tenían escape, no había salida.

Aquella noche ella recuerda el radio teléfono de uno de ellos que no dejaba de sonar, al fondo alcanzó a escuchar una voz entrecortada decía que debían ya partir, sin más preámbulos, el grupo cogió a su exesposo, “a él se lo llevaron para hacer el cambuche donde nos íbamos a meter todos. En dos días esa gente regresaba por mí y mis hijos. Yo me puse a pensar en todo, yo estaba muy nerviosa, yo no quería ir, algo me decía que no debía ir”.

Su mirada no se desviaba del piso, su expresión de angustia se hizo presente en la sala y contrastaba con los gritos y las risas de los niños que jugaban a las afueras del bloque. Ella recuerda cómo al siguiente día, sin su exesposo, asustada y sin saber qué hacer, le pidió ayuda a la vecina, no tenía que explicar nada, como la pared era tan delgada había alcanzado a escuchar toda la historia, no le dio otra opción más que salir corriendo. Recogió 40 mil pesos con la venta de los pocos pollos que se salvaron de la sancochada y 20 mil que le dio el esposo de su vecina. 60 mil pesos para rehacer su vida.

Entre las pocas cosas que pudo sacar, duradero y fuerte como su dueña; el sartén fue sometido al calor de un fogón de leña, y después ya en Manizales, a

una estufa de gasolina; al sol y la lluvia de las largas caminatas en busca de unos familiares y al golpe constante con otros objetos con los que viajó en una capa de plástico.

En aquellos tiempos era cautelosa, sin embargo, pudo fritar carne, calentar frijoles, sopa y tortas de chócolo. “Yo ahí he hecho muchas cosas, sudo arroz, vacío los frijoles... cuando yo estaba en la finca, como esto trae una tapa, para uno poder hacer una arepa bien hay que colocarle la tapa al revés y encima ponerle unas brasitas y unos tizoncitos, meterle buena candela por encima y por debajo para que la arepa quede bien asadita y uno no tenga necesidad de voltearla. Por eso yo lo cuido mucho, a pesar de que esté feíto y negrito, yo lo quiero mucho”.

Aquella noche cuando los echaron, fue lo primero que cogió, junto con algunos “trastes” más y la ropa que llevaba puesta ese día, lo demás, que fue prácticamente todo, se les quedó allá, en ése que algún día fue su hogar, que dejaron con tristeza, pero que tan solo forma parte de su recuerdo porque ahora su vida cambió junto a su tan apreciado sartén.

Trascurrieron tres meses para que su exesposo escapara de la guerrilla y se reencontrara con su familia en Manizales, donde la madre y los cuatro hijos llegaron.

Él vivió custodiado de la guerrilla al sol y sombra, cuatro hombres estaban a su lado todo el tiempo, incluso para ir al baño. Al final, ganó su confianza y se voló, se voló para estar con su familia y comer de nuevo la sazón de su esposa, ayudada por ese sartén feo y quemado que si pudiera hablar contaría una historia cruzada de guerra, dolor, reencuentro y comida.

Tres manos, tres recuerdos, un chaleco tejido:

Era alrededor de las 10 de la mañana, en el turbulento ajetreo de la preparación del almuerzo, que aquella señora de estatura baja, robusta, de tez blanca y ojos claros, hizo una pausa para atenderme. En medio de la sala y la cocina, se encuentra el comedor que dispuso la señora Esperanza para realizar la entrevista.

Con un abrazo afectuoso, con sus ojos achinados y con una sonrisa tierna ella sin más preámbulos y algo nerviosa, no sabía lo que tenía que hacer, se sentó en una silla del comedor justo al frente mío para comenzar a preguntar ansiosa de qué se trataba la reunión.

Duró un segundo para empezar a contar la historia de su chaleco tejido, con sus manos encima de cada una de las piernas, con movimientos leves de arriba hacia abajo Esperanza comienza a narrar, es una historia que se remonta hasta hace cuarenta años, cuando era tan sólo una cobija de lana de oveja, proveniente de Marulanda, Caldas pasó de estar con la abuela para terminar en las manos de una mujer simpática y carismática de ojos claros, pelo castaño y labios delgados.

Sus ojos observaban fijamente los míos, con una expresión calmada y tranquila, confirmó, “a mí me ha gustado mucho tejer, entonces, cuando me la dieron, la desbaraté. Mi mamá me le hizo las primeras partes de base para que yo continuara”, dice con voz tranquila cuando recuerda su deseo de convertir la cobija en un chaleco de malla en Mesones, Tolima.

De las manos de su madre, pasaron a las de su hija, que necesitaba de una lanita para que la profesora le enseñara a tejer. Con tan solo 8 años de edad trató de seguirle los pasos a su abuela, con mucho más tiempo de experiencia.

Por un momento, Esperanza se paró hacia la cocina hasta un baúl que yacía en el piso de color café oscuro, encima había una bolsa plástica de color blanco que se agachó para recoger, de allí sacó el chaleco, de hilo delgado, de color café claro y estilo de malla, para ponerlo entre sus piernas y envolverlo en sus manos.

Aquella mujer traía en su rostro una mirada apagada, sus ojos miraban hacia la nada, su pequeña sonrisa se desvaneció para traer consigo una expresión de angustia, con sus ojos llorosos ella recuerda, “retomé el tejido como lo llevaba mi hija, cuando iba más o menos en la mitad, para continuar en la parte de más abajo, era el mismo día que tuve el incidente con la guerrilla cuando me grafiteó la casa diciendo que tenían que desalojar e irme del pueblo esa misma noche”, era un 6 de diciembre, en plena navidad, cuando muchos en aquella época estaban celebrando, ella, estaba tratando de salvar su vida y la del resto de su familia.

Esperanza rememora que durante ese día había lavado la ropa y la había extendido afuera, cuando llegó una visita inesperada de un familiar que tenía justo ese día como trabajo cargar en sus mulas gasolina y llevárselas a la guerrilla. Ella explica que para que los animales no se fueran o se movieran de donde se encontraban, tenían que taponar los ojos. “me dio tanta rabia porque no habiendo nada más cerca, tomó el chaleco y otro trapo colgado, y se los puso al animal”.

“Yo le dije que dejara de ser tan descarado y él me dijo que después me regalaba para un cuadro de jabón. Me tiró el chaleco y se fue, esa fue la última vez que lo vi, porque al parecer y hasta el son de hoy, la guerrilla lo quemó con la gasolina que les llevó... jamás volvimos a encontrar al muchacho, veinte años tenía”, rememora con la voz entrecortada y sus ojos perdidos en el recuerdo amargo de su partida.

En medio del silencio mezclado con el ruido de la cocina por la preparación del almuerzo, Esperanza se tomó unos segundos para continuar, su rostro lleno de lágrimas y su mirada entristecida, se hicieron presentes en el lugar, aquellas personas que se encontraban a su alrededor pararon por un momento de hacer lo que estaban realizando y escucharon atentos la historia que pocas veces a tenido que contar.

Después de un rato, la guerrilla la amenazó, le pintó la casa con la hora en la que debía estar lejos del lugar, sus manos envolvían con fuerza el chaleco

tejido mientras relataba que no pensó en nada más, sólo cogió el chaleco, se lo puso y salió, además porque el tiempo no le daba para pensar en mucho más.

Era casi la una de la mañana del 7 de diciembre de 2004, cuando la señora y sus hijos estaban caminando buscando salvación, en plena carretera. Ningún carro les paraba cuando le ponían la mano, nadie los auxiliaba. De la nada apareció un camión que los “arrecogió”, eran las tres de la madrugada cuando estaban pasando por el páramo del Ruiz, el frío llegaba hasta los huesos, se quitó el chaleco y se lo puso a su hijo, a quien cargaba en brazos.

“Aún lo conservo porque me trae tres grandes recuerdos, olvidando lo que viví en uno de ellos. El primero, porque la lana viene desde mi abuelita. El segundo, porque el chaleco enmallado pasó por las manos de mi mamá, mi hija y las mías. Y por último, porque lo traía en ese momento, haberme cubierto yo y luego al niño y además, porque me tocó tenerlo esa noche, todo el otro día. Dos días estuve yo con ese chaleco”.

Crónica Dos

Pequeños como sus dueños aún inocentes de una guerra que no fue iniciada por ellos pero siendo conscientes de lo que estaba pasando. Un pasado turbulento los acompaña con el temor de volver a escuchar las ráfagas y granadas de las tomas y los hostigamientos que les tocó vivir en sus inicios de vida.

Los dos objetos reconstruyen la experiencia de la violencia para unos adolescentes que han borrado de su memoria algunos momentos cruciales de su vida y recuerdan gracias a las historias que les cuentan sus padres.

La almohada fría

En la entrada del barrio El Carmen está Camilo al frente de una casa con portón café. Lo alcanzo a ver a través de la ventana del taxi mientras algunas gotas de lluvia caen por el parabrisas. Él camina de un lado a otro, sonrío, lo que hace que sus ojos de por sí ‘achinados’, se cierran más.

A su lado está una mujer de piel canela, cabello castaño oscuro y ondulado, ojos claros pequeños, baja estatura y robusta, es su madre. Ambos esperan que me baje del taxi, sonrío. Camilo extendió sus brazos, me abrazó, sus ojos brillaban. Sus pestañas son largas y crespas. Gloria su madre, dice “bienvenida a mi humilde hogar”.

Empezamos a charlar en el comedor. No hay ni sofás, ni sillones para sentarse, tan solo un escritorio pequeño con un viejo computador. Los ojos de ambos se quedan mirando el techo mientras regresan a agosto del 2007, año en el que

fueron desplazados por la violencia y en el que una almohada acompañó su travesía hasta estar a salvo.

Camilo tiene ahora 10 años. Su madre dibuja en su rostro una sonrisa de medio lado, sus ojos los lleva hacia arriba “la almohada, su “almohadita fría” como le dice, que él empezó a querer desde que era un bebé. Todavía la conservan; “en esa época, sin traer ropa, sin traer zapatos, sin traer muchos objetos que apreciábamos, decidimos traer esta almohada porque para él era indispensable”. Su mamá la cosió y se regaló a su hijo.

La “almohadita fría”, la madre y sus dos hijos, se mudaron a Cali porque ella albergaba la esperanza de organizar su matrimonio y mejorar su calidad de vida, allí se reencontraron con otros cuatro miembros, el esposo, dos hijastros y la suegra. Ya todos completos partieron juntos para administrar una finca en el mes de agosto del año 2007 en la vereda La Fonda en el departamento del Cauca, donde la travesía comienza.

Sus ojos llegan hasta ese día mirando hacia la pared que tenía en frente, su voz lenta pero segura describe sus recuerdos cuando llegaron al que deseaban fuera el inicio del resto de sus vidas. “No había nada ni nadie, todo estaba cerrado y en silencio, era un pueblo fantasma”.

“Iglesia cerrada, tienda cerrada... total silencio nada había abierto, sin embargo, decidimos llegar a la “gallera” donde supuestamente íbamos a empezar a administrar una finca en la parte de atrás”, recuerda con la voz sosegada y apagada.

Mientras su madre narra la historia, Camilo hace la tarea, una tarea corta que realizó en poco tiempo, pues para él era importante escuchar la historia del desplazamiento que él vivió pero que su memoria no recuerda.

“En la habitación de atrás tenía una colchoneta de poco grosor, muy estrecha, en la que dormía con mis hijos y, en la parte de arriba, había un cajón que se subía por una escalerita como hacia un segundo piso donde se podían camuflar prácticamente dos niños en caso de un ataque guerrillero”, ella miraba su espacio, no había punto de comparación, aquel era nada comparado con su casa en la actualidad.

La suegra entre sus pertenencias, empacó ropa de segunda para vender en la vereda, como no había finca para administrar, decidieron aprovecharla como mercancía para subsistir. Al tercer día, su esposo decide regresar a la ciudad de Cali con sus hijos y su madre en búsqueda de otros artículos para vender en el poblado, eso fue lo último que escuchó de él. Los dejó solos.

Sus recuerdos son tan vivos como aquellos sentimientos de tristeza y desolación que se reflejan en su rostro cuando se remite a la ausencia de hogar que sintió después de dos días sin verlos aparecer, “cada 15 días la guerrilla daba permiso para abrir los negocios y todo en el pueblo, empecé a llamar a todo el mundo, solo escuchaba mensaje de contestadora: sistema correo de voz, temporalmente fuera de servicio”.

Mientras tanto Camilo tenía la mirada fija en su madre, parpadeaba poco, su boca y sus ojos bien abiertos. En el comedor no dejaba de mover las manos, su rostro era impávido, no creía lo que escuchaba: no había finca para administrar, tampoco tenían a donde llegar, excepto aquel galpón al que adecuaron para vivir, estrecho, sin enseres y carente de un lugar para cocinar.

Fueron 3 meses los que vivieron allí Camilo, su hermana y su mamá.

Ocho días después y sabiendo la situación, la “almohadita fría”, la madre y los hijos tenían que cerrar la puerta a eso de las cinco de la tarde y resguardarse sin hacer mayor ruido, los lapsos de silencio dejaban escuchar el roce de los fusiles en los camuflados cuando los cargaban en el hombro y las “botas pesadas”, como así lo describe ella, cuando las cuadrillas de la guerrilla cruzaban a través de su patio.

Camilo observaba a su madre, parecía una estatua, su cuerpo parecía congelado, Gloria, por su parte, bajó la mirada, la expresión de su rostro se tornó fría, sus manos humedecidas por las lágrimas las limpiaba en el mantel de la mesa, “un día escuché que un señor le decía al otro: “lavémolo acá” y en el lavadero donde yo enjabonaba las prendas de mis hijos estaban lavando un muerto, no sé si lo iban a enterrar, no sé qué iban a hacer con él, pero a él lo estaban lavando”.

De nada sirvió el silencio, evitar hacer ruido y taparle la boca a sus hijos pues, con el transcurso de los días llegaron donde ella los guerrilleros, aquellos hombres toscos y mal encarados, con sus trajes camuflados y con las armas terciadas a mitad de hombro. La sola apariencia les infundía terror.

Entraron, aunque para Gloria fue toda una vida, en cuestión de segundos ya tenía un fusil apuntándole en la cabeza, sintió las piernas débiles. “Me dijo que yo por qué estaba ahí, que tenía que irme, que me daba cierto plazo... tenía 15 días para partir”.

“Después de habermén amenazado, un día atardeciendo, eran como las 6 de la tarde yo no había tenido la oportunidad de escuchar un enfrentamiento guerrillero y lo escuché... fue horrible”... conmemora con un nudo en la garganta, con la voz entrecortada que se detuvo por un momento al no contener el llanto.

Gloria agita sus manos con fuerza y rapidez, mira hacia el techo, respira profundo y contiene algunas de las lágrimas, los suspiros y la desesperación en cada parte del relato evocan aquella noche cuando las luces de la vereda se apagaron, iba a comenzar aquello que parece salido de una historia de terror; los sonidos de las ráfagas; los gritos; las granadas cuando estallaban, “se escuchaban por un lado, por el otro”; cuando atravesaba la guerrilla el patio corriendo. Por más de una hora lo único que podía pedir es que no les pasara nada, así los disparos los sintieran muy cerca.

Lo primero que hizo al escuchar los disparos fue bajar la cortina de metal que dividía los cuartos, “empezaron a atravesar las balas esa puerta. Me tiré debajo

de una mesa; cogí mis dos niños y nos fuimos para la alcoba de atrás... Nunca volvió la luz esa noche... A las tres de la mañana volvió a arrancar, y esta vez, fue más dura... Esa puerta quedó echa un colador", narra entre silencios prolongados y con lágrimas en su rostro.

Los 15 días nunca se cumplieron, el terror infundado por aquellas experiencias amargas hizo que la madre, la "almohadita fría" y los hijos escaparan del poblado. Una vecina del sector no dudó en colaborarles para planear el escape, debía ser a través del camión de la leche, único encargado y aceptado por la guerrilla para surtir los poblados cercanos.

Solo un día, poco tiempo para lograrlo, las palpitaciones a flor de piel, el miedo mezclado con la esperanza de salir de aquella zozobra, hacen de la huida la mayor odisea de sus vidas. "Yo creo que nunca había contado tanto los días en mi vida para que llegara el famoso lunes, cuando llegó, me acuerdo que como la vecina tenía acceso al otro pueblo, le encargué como 5 o 6 bombones porque era la única forma de tener callado al niño para que no fuera a hacer bulla".

A las 4:30 de la mañana de ese tan esperado lunes, la familia estaba en el parque, la "almohadita fría" entre los brazos de su dueño, el camión parqueado con el conductor y tres jóvenes a un lado esperando por ellos. Los muchachos, dos hombres y una mujer, eran estudiantes de universidad, perdidos en una excursión y fichados por la guerrilla para reclutarlos. También debían escapar.

Los nervios se hicieron notar, cuando en tan solo cinco minutos se debían camuflar por completo sin hacerse sentir, "detrás de todas las canecas de leche había una carpa negra, detrás de esa carpa negra había una espuma, si alguien viene a tocar iba a tocar era la espuma y como parte de la chambrana; detrás de eso había el doble fondo donde íbamos a estar camuflados nosotros. Nos metieron ahí paraditos, eran los tres universitarios y nosotros tres", comenta con ansiedad.

Entre el desasosiego y el miedo, transcurren las horas viajando al compás del toque, toque de las canecas de leche debido a las largas trochas del recorrido hasta el primer retén de los tres por los que tenían que pasar; entre ellos el nerviosismo y el silencio es inminente, ya que el conductor les había advertido no hacer ruido alguno al momento de la primera parada del camión, los guerrilleros se iban a montar a revisar, si se daban cuenta, todos los ocupantes incluido el conductor, morirían.

Por lapsos se podían sentar, los tres muchachos, la madre, su hija y su hijo abrazando la "almohadita fría", sin tener a dónde mirar y escondidos llegaron al primer retén, el camión paró, el conductor hacía demasiado ruido como señalar que en ese momento debían estar con la respiración contenida y en el más absoluto silencio.

Camilo mientras escuchaba la historia, preguntaba, "¿a mí me pasó eso?" No dejaba de observar estupefacto a su madre entre risas quebrantadas, quien en

medio de la angustia siguió narrando, recordando, un episodio que por años había bloqueado.

Pasó una hora más o menos hasta ese primer retén, en la cabeza de Gloria se unían imágenes de su vida pasada, de su familia, de sus hijos, de oraciones para protegerse, pero también el miedo de que esos fueran sus últimos momentos en este mundo eran latentes, no quería que les pasara nada, prefería morir antes de dejar que sus hijos perdieran la posibilidad de conocer el mundo. Miraba a los universitarios, jóvenes y asustados que de una u otra forma les daban algo de fuerzas para sortear esa prueba.

“Lo primero que hice cuando sentí que paró el camión fue destapar un bombón al niño, lo tengo que tener en silencio, y yo le dije: “si se chupa ese bombón calladito totalmente, y no llora, ni se ríe, ni tose, ni nada, le doy otro bombón” y se lo mostré, él obedeció totalmente mis indicaciones. La niña lloraba para adentro, yo solo veía correr sus lágrimas. Nos cogimos todos de la mano y yo les dije muy pasitico: “confíen en Papá Dios, Él está acá entre nosotros”... yo sentí los pasos. Yo sentí esas botas cuando se subieron al camión. Yo sentí que corrían canecas, yo decía mentalmente: “Dios mío van a llegar acá pero Tú nos proteges”, yo oraba por los seis que íbamos atrás”, recapitula entre lágrimas, con la voz entrecortada y con una expresión de desesperación en su rostro.

Primer retén de tres.

Una vez arrancó el camión, la tensión se podría cortar con un cuchillo, el silencio solo se interrumpía por el golpe de las canecas, todos miraban a un punto fijo. Con el tiempo vino el respiro de alivio, de tranquilidad, por haber sobrevivido a la primera parada, sin embargo, apenas estaban comenzando. El segundo retén llegó y con ello, nuevamente la zozobra, la angustia y el temor.

“Ellos volvían y subían. Sentía sus botas, sus pasos fuertes, sus palabras fuertes, palabra soeces en cantidad... Revisaron en esa segunda parada por hay dos o tres veces. ¿Por qué? No sé, no sé si alguien nos vio, no sé qué pasó”.

Solo se escuchaban los pasos adornados con groserías. Camilo abrazaba la almohadita fría con desespero mientras chupaba otro bombón.

Un estornudo, la niña, que había hecho todo lo posible por no hacer ruido, no pudo contenerlo. Todos se miraron, ella se tapó la boca pero era muy tarde, los guerrilleros lo escucharon.

Otro estornudo, ¡achiz, achiz!, ese vino desde afuera del camión. Fue el conductor.

Una voz costeña dijo -está como resfriado, guevón-

Y el conductor respondió,

-Sí, un poco, estos cambios de clima-”.

El hombre logró sortear la situación, los guerrilleros se comieron el cuento.

Pasó otra media hora y llegaron a la última estación. “Paró el camión, pero yo no sentí subirse a nadie, sino el conductor diciéndonos, “pongámen cuidado, escúchemen muy bien. Se van a bajar acá. Falta el último retén. Ustedes tienen que subir dos montañas, montaña de subida, montaña de bajada. Sin desviarsen, van a salir al El Bordo, Cauca. Ahí salen a la carretera. Si hacen lo que les digo, salen y hay una piedra grande ahí. Ahí se van a sentar y me van a esperar, demore lo que me demore”.

No había otra opción, debían solo confiar; se bajaron los tres jóvenes, la familia y la “almohadita fría”, entre la maleza y los árboles empezaron a subir la montaña en línea recta sin realizar algún desvío, la desesperación volvió por el temor que pasara el camión y no los viera en dicho lugar.

La cadencia de la respiración de Gloria aumentaba casi al ritmo de sus recuerdos, paso a paso, de subida a la montaña, “yendo a mitad de montaña a mí me dio una crisis de asma y un dolor muy fuerte en el pecho, fue difícil el tener que parar... estos chicos fueron de apoyo, de hecho uno de ellos cargó a mi hijo menor en sus hombros, el otro cargó mi niña a tun, tun y la otra chica me iba jalando a mí todo el tiempo para que mi asma fuera un poco más llevadera”.

La desesperación se hizo notar, paso tras paso se iban acercando los chicos, la madre, los hijos y la “almohadita fría” a aquella roca grande y desolada donde debían esperar al conductor y su camión. Los minutos se hicieron horas y la incertidumbre apareció al ver la carretera desolada.

“Nos sentamos en esa piedra entre media hora a 45 minutos, ya habíamos perdido totalmente las esperanzas de que el señor volviera, dijimos, lo cogieron, no sé, se dieron cuenta, nos están buscando, el desespero era increíble pero, póngale cinco minutos de ya haber perdido las esperanzas, apareció el camión. El señor nos recogió nuevamente, nos dijo: “ya estamos fuera, ya se pueden ir sentados como quieran”.

Un recuerdo en cinco pesos

A las 7 de la noche, entre el contraste de la oscuridad y los faroles iluminando una calle medio vacía, se ve de frente el edificio de ‘Tomás’, el portón es blanco y linda con la calle por la que pasa el tráfico y los trancones de la hora pico de Manizales. Pero en ese momento pocos carros pasaban por allí.

Por las escaleras se llega hasta un tercer piso, justo al frente, una puerta blanca ajustada, ‘Tomas’ la abre, es un espacio amplio, la sala está justo a la entrada a mano izquierda, al lado derecho caminando unos pocos pasos se llega hasta la cocina, su habitación y el patio de ropas, hacia el frente están el resto de habitaciones y el baño.

El piso de madera, las paredes blancas con cuadros colgados, algunos religiosos y otros simplemente cuadros. Nos sentamos en la sala, luego de los saludos protocolarios, 'Tomás', un joven alto, de piel morena, ojos oscuros y cabello de color castaño, empieza a narrar la historia de su pasado, según lo que le dijo su madre:

Llevar en su piel marcados a los próceres de la historia de Colombia, aquellos que lucharon por la libertad. El billete de 1 peso de color azul celeste tiene impresos a los dos grandes libertadores de nuestro país, Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander, quienes se encuentran enmarcados con ramas de laurel; los dos billetes de 2 pesos de color morado oscuro, tienen en su grabado a Policarpa Salvarrieta, heroína de la Nación que murió fusilada a manos de los españoles.

La historia de los libertadores y la del padre de 'Tomás' van de la mano, todos murieron por intentar ayudar al otro, salvaron algunos de sus colegas y amigos de la muerte y eso hizo que sus vidas terminaran. Su padre terminó asesinado por los paramilitares en Samaná, Caldas.

"Mi papá sacó muchos conductores, mi papá cogía un carro, los metía en la cajuela y los sacaba hasta Victoria o hasta mucho más abajo, que ya pudieran salirse. A mi familia lo quieren mucho los familiares de conductores porque mi papá les salvó la vida".

Los tres billetes suman cinco pesos, esos que lo acompañan en su billetera desde la desaparición forzada de su padre aquel diciembre del año 2001 cuando tenía tan solo cuatro años de edad. Unos billetes que aunque hoy en día no valen nada en el mercado, es lo único que le quedó de su papá.

Con sus ojos negros mirando hacia el piso recuerda, "nosotros todas las noches nos hacíamos en la ventana a esperar que bajara la chiva al parqueadero porque mi mamá sabía que si bajaba la chiva tenía que ir a calentarle la comida porque ya volvía a subir. Una de esas noches vimos bajar a mi papá, mi mamá se fue a calentarle la comida, pero mi papá jamás volvió... A él se lo llevaron esa noche en el parqueadero, fueron, se montaron en la escalera y hasta el son de hoy".

Los cinco pesos pertenecían a su padre, aquellos que olvidó junto con su billetera el día de la desaparición, único recuerdo que conserva pues ni una fotografía suya tiene. Marcado por ello, en su mente sigue intacta la noche que observó desde la ventana, el entonces niño, la partida de su padre junto con su chiva.

La expresión apagada en su rostro se remonta hasta los días que no había certeza y seguridad de tener a su padre con vida, "mi mamá tuvo el coraje de conseguirse el vínculo con un paramilitar, ese paramilitar la condujo a otro y así, hasta que llegaron al paramilitar que mató a mi papá. Se llama Alejandro Manzano, alias 'Chaqui', y por una llamada telefónica le dijo: "No, no espere a su esposo que a su esposo lo matamos, yo lo maté". La certeza que termina con la incertidumbre, la muerte que queda por encima de la vida.

No hubo disgusto ni dolor, por el contrario, el alivio se hizo presente en el hijo al saber al fin el destino de su padre. Con su insolencia y sin ningún sentimiento presente, el paramilitar narró el lugar donde lo enterraron después de fusilarlo en el corregimiento de Pradera, Victoria, sitio en el cual la AUC había forjado su base.

Fue por la simple conveniencia que el “paraco” quiso colaborar, no le importaba nada más, la impavidez de sus acciones se hicieron presentes a la hora de narrar los sitios y las personas que había matado, su principal interés era tan solo los beneficios que le daba el programa de Justicia y Paz, aquel que sin lugar a dudas, era su única salida.

“Mi mamá primero fue a Pradera con un tío y creó el vínculo con la población y la población empezó a dar información, información que ni al Estado le habían dado, puntos donde presuntamente se encontraba. Le contaron cómo tenían a mi papá y al dueño del bus escalera porque se los llevaron a los dos y el lugar donde los habían enterrado”.

Aunque solo tenía cuatro años cuando su padre se fue, ese momento cambió todo. Los ojos de Tomás se ensombrecen, hay tristeza en su mirada, esa experiencia amarga aún le retuerce su interior. Así recuerda lo que le contaron acerca de la última noche de su papá: “Los amarraron en el kiosco, el kiosco es como el parque del corregimiento. Al otro día madrugaron y los echaron en una camioneta. Le pidieron una herramienta prestada a cierto señor, el señor después mandó al hijo y cuando llegó él vio dos fosas, dos tumbas, le dio miedo y arrancó a correr. No se llevó la herramienta”.

Pasados los años, aún guarda la esperanza de encontrar los restos de su padre, sin la ayuda del Estado y con tan solo la información recibida, va cuando puede hasta el sitio donde por especulaciones cree que se encuentra, siempre cuenta con la ayuda de los conductores que su padre alguna vez salvó cuando estaba con vida.

Detrás del cementerio, entre la maleza, los cultivos de plátano y aguacate, en alguna parte de todo ese terreno, yace su padre, “no fuimos capaces de encontrar nada, rompimos tubos, rompimos por todo lado y nada; encontrar unos restos es muy duro, la vegetación, todo eso es muy duro, y desde que no esté el paramilitar que diga “aquí los enterramos”, es muy complicado. Pero sí encontramos otras personas, un papá y un hijo que los mataron llevando ganado, nos contaron la historia y fuimos detrás de eso, porque aunque uno no sea capaz de encontrar los restos de un familiar, pues es ayudarle a otra familia”.

No había nada que perder, entre el sol incandescente de toda una tarde y con la ayuda de los compañeros de su padre, recuerda con tranquilidad que ese día estaba acompañado por alguien más, él reconoció, la vestimenta de quienes yacían ahí, eran sus familiares. Uno de ellos tenía una cajetilla de Marlboro en su pantalón.

Todo porque la ruta que cubría su padre en la chiva o escalera era una zona ocupada por los armados, todo porque intentó darle la mano quienes estaban punto de ser asesinados por los paramilitares, a esa zona le decían “el caguancito” todos quienes vivían en Encimadas, corregimiento de Samaná. Su padre fue “sapiado” como él dice, por ser un supuesto colaborador de la guerrilla.

“Mi papá manejaba un bus hacia allá, y pues obligatoriamente, quisiera o no, porque si no lo hacía lo mataba la guerrilla, tenía que cargarles mercado, tenía que cargar muchas veces esa gente, porque ni siquiera pedían el permiso, ni siquiera pedían el favor, iban haciéndolo porque ellos eran los que mandaban. A mi papá lo mataron por supuesto colaborador de la guerrilla y a mi abuelo lo mataron los guerrilleros por supuesto colaborador de los paracos”.

Sin muchos recuerdos, sin sus restos, sin ni siquiera una foto aún conserva sus billetes, cinco pesos pero mientras su rostro sonríe dice: “ahí vamos, todavía luchando”.